

que tomé prestada
y ya después,
o antes de eso,
si sales por un momento del agua,
averiguar de cuántos lugares deshabitados
y de cuántas extrañas madrugadas
está hecha nuestra despedida.
No digo la humedad licuada de la lluvia,
no digo de eso,
hablo del equilibrio desmesurado
de los pájaros que se paraban
sobre un alambre oscuro
que daba vueltas al atardecer,
de aquella memoria caliza,
de la estufa gris del primer invierno
y de esos pasadizos antiguos
que conducían hasta tu espalda terca,
en ese tiempo estrepitosamente demorado
de las cerezas,
o durante el sindió del verano,
de eso hablo,
de tu complicidad tardía.
Entre las páginas del cuaderno
hurgaba la quietud urgente de tu escritura
y luego tus manos,
siempre esas,
las que en ocasiones asomaban
para transitar mi penúltima piel
y tantas otras veces no hacían eso,
ni hacían nada,
sino encogerse frente al frío
para anidar en el interior de un sigilo
de arañas dóciles y bostezos de gato,
o con tal de descubrirse a tientas
durante ese instante de ropa tendida
y salivas impacientes.
Una vez lo pensé.
Pensé que resultabas necesidad
en el rellano cómodo de la noche
y acudías para pronunciar a oscuras
lo que las piedras callan.

Amadeo Laborda